

A QUELLAS VIEJAS VACAS SUPIERON antes que nosotros que se avecinaban problemas.

Ya había transcurrido buena parte de aquella tarde de agosto, el aire era cálido y pesado, como solía ocurrir en la estación lluviosa. Poco antes habíamos visto el resplandor de algunos relámpagos cerca de los montes Burnt Spring, pero habían pasado de largo hacia el norte. Yo había terminado casi todas mis tareas de la jornada y me encaminaba hacia los pastos con mi hermano Buster y mi hermana Helen a traer las vacas para ordeñarlas. Pero cuando llegamos allí, los animales se comportaban como si estuvieran inquietos. En lugar de arremolinarse alrededor del portón, como el resto de los días a esas horas, estaban paradas con las patas rígidas y el rabo tieso, sacudiendo la cabeza, escuchando.

Buster y Helen alzaron su mirada hacia mí y, sin decir una palabra, me arrodillé y apoyé la oreja en el suelo. Percibí un ruido sordo, tan débil y apagado que más que oírlo lo sentí. Entonces supe lo mismo que las vacas: iba a llegar una riada.

Cuando me puse de pie las vacas salieron corriendo en estampida, dirigiéndose hacia la alambrada sur, y cuando llegaron al alambre de espino lo saltaron por encima —jamás había visto a una vaca saltar tan alto y tan limpiamente— y a continuación salieron disparadas hacia zonas más altas.

Pensé que lo mejor que podíamos hacer era salir también nosotros corriendo, así que agarré de la mano a Helen y a Buster. Para entonces ya podía sentir el suelo vibrando bajo mis zapatos. Vi las primeras aguas corriendo a raudales sobre la parte más baja de la pradera y supe que no tendríamos tiempo de alcanzar la zona más alta. En medio del prado había un viejo álamo, con una amplia copa y un tronco nudoso, y corrimos hacia él. Helen tropezó, pero Buster le agarró la otra mano, la levantamos y la llevamos en vilo entre los dos mientras corríamos. Cuando llegamos al álamo, alcé a Buster hasta la rama más baja y él tiró de Helen hacia el interior de la copa del árbol. Subí temblando y envolví con mis brazos a Helen justo cuando una pared de agua de unos dos metros de alto, que arrastraba las rocas y las ramas que encontraba a su paso, golpeó el álamo, empapándonos a los tres. El árbol se estremeció y se dobló tanto que podíamos oír cómo la madera crujía. Algunas de las ramas más bajas fueron arrastradas por la corriente. Temí que pudiera arrancarlo de raíz, pero el álamo se enderezó rápidamente y nosotros hicimos lo mismo, aferrándonos con los brazos mientras un gran torrente de agua color caramelo, llena de restos de árboles con alguna que otra ardilla enredada o con marañas de serpientes, surgía debajo de nosotros, extendiéndose por encima de las zonas más bajas de la pradera buscando su nivel.

Nos quedamos sentados allí, en aquel álamo, mirando, más o menos durante una hora. El sol empezó a ponerse detrás de los montes Burnt Spring, tiñendo las altas nubes de carmesí y proyectando largas sombras purpúreas hacia el este. Debajo de nosotros el agua todavía fluía hacia el sur, y Helen dijo que se le estaban cansando los brazos. Sólo tenía siete años y temía no poder aguantar mucho tiempo más.

Buster, que tenía nueve, estaba encaramado en una gran rama en forma de horquilla. Yo tenía diez años. Era la mayor, y me puse al mando diciéndole a Buster que le cambiara su sitio a Helen para que ella pudiera sentarse derecha y no tuviera que aferrarse con tanta fuerza. Un poco después oscureció, pero salió una luna brillante que nos dejaba ver realmente bien. Cada poco tiempo, los tres intercambiábamos nuestros sitios, de forma que a ninguno se le cansaran los brazos. La corteza me arañaba los muslos, y a Helen también, y, cuando tuvimos ganas de orinar, simplemente nos vimos en la necesidad de mojar-nos. Más o menos cuando había transcurrido la mitad de la noche, la voz de Helen empezó a debilitarse.

—No puedo aguantar más tiempo —dijo.

—Sí que puedes —repliqué yo—. Puedes, porque debes.

Les aseguré que íbamos a conseguirlo. Yo sabía que lo lograríamos porque podía verlo en mi mente. Podía vernos a nosotros mismos caminando colina arriba en dirección a casa a la mañana siguiente y podía ver a nuestros padres que salían corriendo a recibirnos. Eso es lo que pasaría, aunque conseguirlo dependía de nosotros.

Para evitar que Helen y Buster se quedaran dormidos y se cayeran del álamo, los acribillé a preguntas sobre la tabla de multiplicar. Cuando éstas se nos acabaron, pasé a los presidentes de Estados Unidos y a las capitales de los estados, luego a las definiciones de palabras, a buscar palabras que rimaran con otras y a cualquier otra cosa que se me ocurriera, hablándoles con brusquedad si sus voces titubeaban. Así fue como mantuve a Helen y a Buster despiertos toda la noche.

Con las primeras luces del alba, pudimos ver que el agua todavía cubría la tierra. En la mayor parte de los sitios una riada repentina se retiraba al cabo de un par de horas, pero los pastos estaban en las zonas bajas cercanas al río, y a veces el agua permanecía allí durante días. Sin embargo había dejado de moverse, y había empezado a ser absorbida por los desagües y las presas.

—Lo logramos —afirmé.

Supuse que sería seguro caminar por el agua, así que bajamos del álamo. Estábamos tan entumecidos de sujetarnos a él toda la noche que apenas podíamos mover las articulaciones, y el barro nos succionaba los zapatos, pero llegamos a la zona seca cuando estaba saliendo el sol, y subimos la colina hasta casa tal como yo lo había visto en mi mente.

Nuestro padre estaba en el porche, caminando de un lado a otro con ese paso desigual que tenía a causa de su pierna coja, y cuando nos vio soltó un grito de alegría y empezó a bajar los escalones cojeando para venir a nuestro encuentro. Mamá salió de casa y se acercó a nosotros

corriendo. Se puso de rodillas, juntó las manos por delante y empezó a rezar mirando hacia el cielo: daba gracias al Señor por haber salvado a sus hijos de la riada.

Mamá afirmó que si nos habíamos salvado había sido porque ella se había quedado toda la noche rezando.

—Poneos de rodillas y dad gracias a vuestro ángel de la guarda —dijo—. Y agradecédmelo también a mí.

Helen y Buster se arrodillaron y empezaron a rezar con mamá, pero yo me limité a quedarme de pie, mirándolos. Desde mi punto de vista, había sido yo la que los había salvado, a ellos y a mí misma, no mamá ni ningún ángel de la guarda. No había nadie subido a ese álamo aparte de nosotros tres. Papá se colocó a mi lado y me pasó el brazo alrededor de los hombros.

—No había ningún ángel de la guarda, papá —dije.

Empecé a explicar cómo había logrado que subiéramos al álamo a tiempo, que se me había ocurrido lo de intercambiar los sitios cuando se nos cansaron los brazos y que había mantenido despiertos a Buster y a Helen durante la larga noche sometiéndolos a interrogatorios.

Papá me apretó el hombro.

—Bueno, cariño —dijo—, tal vez el ángel hayas sido tú.